

pudo prestar inolvidables servicios á la causa del órden y de la libertad. Solo él, solo su ascendiente moral, solo su autoridad propia calmaron los desórdenes subsiguientes en Amberes á la sublevacion iconoclasta. Cuando la ciudad mas rica entonces del mundo ardía en las voraces llamas de una revolucion espantosa; cuando, perdida la popular autoridad de sus magistrados, cada uno de sus hijos se creia libre y suelto de todo lazo político y social; cuando, por un lado se levantaban los luteranos en armas, y de una parte considerable de aquella poblacion se asian y enseñoreaban; cuando, por otra parte, quince ó diez y seis mil calvinistas formaban dentro de aquellos muros un ejército poderoso así contra los luteranos cual contra los católicos; cuando estos mismos libraban á la fuerza el amparo de su predominio político, y merced á tales violencias, estaba la ciudad muy próxima de sucumbir sin remedio y desaparecer casi de la tierra como cualquiera de las antiguas ciudades malditas; solo aquel poder moral, que Orange tenia, pudo conjurar tantos desastres, y resolver por la concordia y por la paz casos y elementos de guerra. Mas sucedíale por lo mismo que llevaba en sí la fórmula de las soluciones reales, y que conocia los obstáculos tangibles de la política, sucedíale, por las ventajas mismas de su posicion excepcional y por la claridad perspicua de su criterio propio, el que unos y otros, los dos partidos contendientes, desconfiaban de su persona y le hacian una tremenda é implacable guerra. Mil veces, cuando arriesgaba su vida por serenar los ánimos, oía que los insurrectos le llamaban papista, mientras los papistas le llamaban insurrecto. Mil veces, los comprometidos en Breda, los alzados en armas, los puestos en batalla con el nombre de mendigos le maldecian; mientras el monarca y la regente le consideraban como un conspirador peligroso.

Y cuando la embriaguez revolucionaria se apodera de los ánimos óyense con dificultad los consejos y los avisos de la prudencia. La fe aviva la esperanza, y la esperanza lo cree todo posible á su poder milagroso. Aquellos que dan consejos conducentes á la paz pública y á la calma espiritual, aparecen como traidores, por cuanto señalan el camino, si mas largo, mas seguro de llegar á la victoria. El escándalo de las perturbaciones iconoclastas habia traído una indispensable reaccion. La regente habia triunfado en todos sus empeños guerreros. Una parte de los señores flamencos, y aun algunos

comprometidos en el pacto de Breda, cooperaron á la reaccion. Los condes mismos de Horn y Egmont, vacilantes por algunos dias, encerráronse dentro de sus respectivos dominios y resolvieron obedecer y servir al monarca sin mezclarse para nada en los asuntos del pueblo. Así pudo la regente revocar muchas de sus concesiones y vencer en el combate material á muchos de sus enemigos. Valenciennes, antigua ciudad de refugio, fundada por un Emperador que se propusiera con resolucion hacer de ella un asilo como el asilo de la omnipotente clásica Roma, creyó digno de sus tradiciones y de su antigua historia el acoger á los calvinistas y asegurarles en su seno y en su regazo la santa libertad de conciencia. Tal fidelidad á sus antecedentes le valió grandes amenazas de parte del gobierno; y como estas amenazas nó se cumplieran, y el sitio no se formalizara pronto, los de Valenciennes solian salir á las murallas con catalejos, en son de burla, para catar el instante de la venida del ejército realista. Tardó en ir, pero fué; y castigó tremendamente á la ciudad rebelde. Lo mismo hizo en Tournay y Amberes y Maestrich y Utrech y Amsterdam y Groninga. La reaccion producida por los excesos iconoclastas triunfaba en todas partes.

Entonces coincidió un mismo pensamiento en las dos inteligencias, que personificaban el combate y la oposicion radical entre las dos ideas en pugna. Surgió en el ánimo de Felipe II la necesidad de vigorizar la reaccion, aunque se corriesen los riesgos de la guerra, y surgió en el ánimo de Orange la necesidad de apelar á la resistencia terrible, aunque se corriesen los riesgos de la revolucion. Felipe II para vigorizar la reaccion, pensó en su general mas férreo y mas adusto, pensó en el Duque de Alba. Y Orange, para emprender la resistencia, pensó en sí mismo, y en el auxilio de un compañero tan glorioso y de un tan ilustre noble como el Conde mismo de Egmont. En vano la Duquesa de Parma, resentida con su rey por la desconfianza revelada con la designacion del nuevo general, expuso á Felipe los inconvenientes todos de aquella feroz provocacion; Felipe queria, no solo el castigo, tambien la venganza; y castigo y venganza se personificaban para él en la terrible y adustísima persona del Duque de Alba. En vano, á su vez, Egmont, resuelto á no salir de sus creencias católicas ni de su fidelidad monárquica, expuso á Orange los riesgos que corria la patria en una revolucion; Orange pintó á

Egmont, con vivos colores, los riesgos que corria su cabeza en la nueva política inaugurada por Felipe II, riesgos de que no podian preservarle ni aun los laureles gloriosos de San Quintin y Gravelines adquiridos en defensa de la monarquía y del monarca. Egmont, gran militar, pero de previsiones muy escasas y muy pobre de ideas, no quiso creer á su sabio interlocutor; y se recluyó en la fidelidad mas obediente al Pontífice y al monarca. Orange le observó cómo por sus influjos secretos lograra conocer la correspondencia entre Felipe II y su hermana, correspondencia llena de sospechas injuriosas y de amenazas terribles contra los nobles flamencos. Para el sentir y el pensar de Orange todos ellos estaban señalados como rebeldes en los pensamientos secretos de Felipe II; y todos los rebeldes condenados á muerte sin apelacion y sin remedio, así que pudiera Felipe II á su arbitrio disponer del gobierno despótico con que soñaba en las provincias unidas. Egmont, que no experimentaba ningun asomo de remordimiento en su conciencia y que no veía ninguna mancha de infidelidad en su vida; ufano con el recuerdo inmarcesible de los servicios rendidos en cien combates; tranquilo por las muestras de aprecio prodigadas por el Rey á su persona en el último viaje, no estaba en ánimo de iniciar ni una resistencia ni una emigracion como el astuto y previsor Orange.

Pero este se partió para sus Estados de Alemania, como la Duquesa tambien se partió para sus Estados de Parma. Con Orange partíase la última esperanza de concordia y con Margarita el postrimer arrebol de benevolencia. La regente no quiso apartarse de aquel reino, á cuya prosperidad habia consagrado nueve años de su vida, sin decir á Felipe los remedios supremos demandados por sus enfermedades múltiples. Conjurábale, pues, á que no derramase nuevas tropas extranjeras por aquella nacion puntillosa; y á que no mostrara el látigo de las venganzas, propias solo para sumar nuevos rencores con los rencores antiguos; y á que reuniese los Estados generales, como único medio de conocer las quejas justas para procurar los desagravios indispensables; y á que acudiese allí con presteza y en persona para deshacer injustos recelos y escuchar con sus propios oidos los agravios remediables; mas Felipe no escuchó á su hermana. En abril de 1567, el día 15, Alba se despedía en Aranjuez del Rey Felipe II, cargado con cédulas de altos y excepcionales

poderes para perseguir y exterminar á los mismos caballeros del toison de oro si era preciso. En mayo de 1567, día 10, las galeras de Andrea Doria embarcaban para Flandes los tercios españoles. En agosto de 1567, día 22, llegó el Duque á Bruselas y encuarteló en aquella liberal ciudad parte de sus tropas. En setiembre de 1567 instituyó el nuevo gobernador su tribunal de la sangre, día 5, y el 9 habia preso á Egmont y á Horn, inaugurando así, con estas bárbaras medidas, su política de crueldad y de venganza. Estaba entonces en Roma el cardenal Granvela; y como le noticiasen cuanto sucedia en Flandes, preguntó si estaba preso tambien el Taciturno. Respondiéndole que no, exclamó: «Pues no habiendo caido aquél en la red, poca caza ha hecho en verdad el Duque de Alba.» En vano Margarita escribia con prevision al monarca estas sensatísimas palabras: «Y tened en memoria, que cuanto mas grandes son los reyes y se acercan mas á Dios, tanto mas deben ser imitadores de esta grande divina bondad, poder y clemencia, y que todos los reyes y príncipes, cualesquiera que hayan sido, se han siempre contentado con el castigo de los que han sido cabezas y conductores de los sediciosos, y cuanto al resto de la muchedumbre los han perdonado. Otramente, señor, usando de rigor es imposible que el bueno no padezca con el malo, y que no se siga una calamidad y destruccion de todo este Estado, cuya consecuencia V. M. la puede bien entender.» Pero el Rey no escuchaba de modo alguno á su hermana, y dirigiéndose al Duque de Alba, decíale: «Quedo contento y satisfecho de la buena manera con que os gobernais en las cosas de mi servicio.» «La nominacion que habeis hecho de personas para el tribunal, que habeis instituido, me ha contentado mucho.» «He holgado de ver lo que escribís de la plática que pasastes con la Duquesa de Lorena.» «En lo demás que me escribís, no tengo que deciros, sino remitiros que hagais lo que os pareciese, pues esto será lo mas acertado.» Y para que se vea cómo respondía el de Alba en sus cartas á la confianza del Rey, deben leerse los siguientes renglones, reveladores de su implacable crueldad, y conocidísimos por publicados en todas las historias, pero cuya repeticion resulta indispensable siempre que se trata de aquilatar las increíbles crueldades de la reaccion religiosa. «Tras los quebrantadores de iglesias, ministros, consistoriales, y los que han tomado las armas contra V. M., se va procediendo á prenderlos como en la relacion

podrá V. M. ver. El día de la Ceniza se prendieron cerca de quinientos, que fué el día señalado que dí, para que en todas partes se tomasen; pero así para esto, como para todas las otras cosas, no tengo hombres, sino Juan de Vargas, como abajo diré. He mandado justiciar todos estos, y no basta habello mandado por dos y tres mandatos, que cada día me quiebran la cabeza con dudar si el que delinquiró desta manera, merece la muerte, ó si el que delinquiró desta otra manera, merece destierro; que no me dejan vivir y no basta con ellos. Mandado he expresamente de palabra que se juzgue conforme á los placartes, y últimamente mandado que se les escriba á todos que de los delincuentes que están expresados en los placartes todos los ejecuten al pié de la letra; y si hubiese alguno que no esté comprendido, este me consulte y no otro. Tengo comisarios por todas partes para inquirir culpados: hacen tan poco que yo no sé cómo soy ahogado de congoja. Acabado este castigo comenzaré á prender algunos particulares de los mas culpados y mas ricos para moverlos á que vengan á composicion, porque todos los que han pecado contra Dios y contra V. M. seria imposible justiciarlos: que á la cuenta, que tengo echada, en este castigo que ahora se hace y en el que vendrá despues de Pascua, tengo que pasarán de ochocientas cabezas.» Hé ahí la política con tanta torpeza iniciada por el Rey Felipe II y con tanta crueldad seguida por el feroz Duque de Alba. Las previsiones del príncipe de Orange se habian todas cumplido, y la horrible reaccion desencadenado con sus furores tremendos. No valieron los servicios prestados ni los nombres ilustres. El inmortal vencedor de San Quintín fué cogido como en una trampa. Su propio verdugo le citó á consejo de guerra para consultar y oír su extraordinaria competencia en las cosas y asuntos militares. Presentóse con descuido el buen conde, como quien nada teme ni debe. Presidió Alba en persona la conferencia, y propuso los problemas que quiso, con toda serenidad, como si en vez de dirigirse á víctimas ya designadas para el sacrificio, se dirigiese á excelentes colegas. Y cuando creyó la trampa bien apercibida, levantó la sesión por el motivo de que así le plugo, y al salir el de Egmont, detúvolo el capitán Sancho de Avila, y le dijo que se diese á prision en nombre del Rey y que le confiara su espada.

Al dar el conde su espada, no pudo retener el recuerdo inextinguible de cómo y cuánto habia servido con ella la gloria y la grandeza de su rey.

Efectivamente, al comenzar el reinado de Felipe II, mientras Alba sostenia la triste guerra con el Pontífice, á quien estaba obligado mas á venerar que á combatir, guerra sin empeños y sin glorias, Egmont luchaba en los combates colosales con Francia, y ceñia laureles imperecederos en históricas y ruidosas victorias. Muchos historiadores atribuyen la enemiga implacable del Duque á celos y envidias por estos triunfos del conde. Y sin embargo, Alba no tenia para qué sentir esa baja pasión, propia tan solo de los impotentes y de los cobardes. Su nombre rayaba en las alturas donde podian rayar los nombres mas ilustres de su tiempo, y quizás los aventajaba en número de combates y en consumadas experiencias militares á todos ellos, sin excepcion alguna. Miembro de familia hidalga, nobilísimo por su estirpe, no heredó con todos estos aristocráticos timbres copiosas riquezas correspondientes con su posición, y se vió constreñido á ganarse por el propio esfuerzo lo negado por las paternas herencias. Ninguno entre los generales de su tiempo tan arriesgado en los golpes audaces, ni tan cuidadoso en ahorrar la sangre de sus compañeros en las temeridades mayores. El mas acometedor en el ataque, aparecia tambien el mas prudente y mas cauto en la retirada. Los mayores enemigos de su causa y de su nombre dicen que nadie, ni Demetrio Poliorcetes, sitió tantas ciudades; y que nadie, ni Fabio Cunctator, evitó, como él, tantas batallas inútiles. En los comienzos de su juventud mostró arrosos heróicos de jóven, al defender Fuenterrabía; en los comienzos de la madurez, anticipada experiencia y profundísimo saber, atacando en Muhlberg; y ya entrado en edad, sus dotes diplomáticas peleando y transigiendo á un tiempo con el Papa enemigo de sus reyes, con el ceñudo Paulo IV. Puede asegurarse que á tan gran capitán se debe la fundación casi de la disciplina moderna. El cruelísimo estadista en los consejos del gobierno resultaba dulce camarada de sus amigos y de sus inferiores en los rudos empeños de la guerra. Por movimientos indeliberados miraba con el furor de un Marte á los enemigos, y con la tranquila serenidad de un Apolo á los amigos. Créase descendiente de los Paleólogos de Constantinopla; y aseguraba que descendencia tan ilustre solamente le servia para empeñarle y sostenerle siempre que intentaba luchas y combates. Su padre habia muerto en guerra contra los moros y salpicado con su sangre de mártir la cuna donde dormia él de